

Bragland Foldron

Parte 1

La noche era bastante apacible en la ciudad portuaria de Tabask; era una ciudad que nunca se detenía, o por lo menos no del todo; la llegada de barcos, el tránsito de mercancías, el contrabando, los visitantes, los nobles y los borrachos. Siendo una ciudad de clima cálido las noches se agradecían con una suave brisa que recorría las calles a lo largo de la ciudad. A pesar de las tribulaciones que una ciudad importante como Tabask podía tener, sumado a la natural inseguridad que trae consigo la noche, lo cierto era que las horas nocturnas corrían con tranquilidad, donde sus habitantes cursaban sus vidas normales como quien camina por un río congelado de fina capa cuyo cause furioso corre por debajo.

Pero la noche es larga. Y es la ciudad de Tabask.

Un diablillo encendido en fuego corría por toda la habitación dejando pequeñas huellas negras por donde pisaba, haciendo que la madera tratara de prenderse con cada paso. El revuelo que había creado en la casa había sido impresionante, pues había tomado a todos los que se encontraban en su interior por sorpresa. Se trataba de una de las casas del Gremio del Murciélagos, una donde guardaban mapas y documentos principalmente, con bibliotecas que forraban el lugar de pared a pared y del piso al techo, con algunas mesas bien distribuidas para lo que fuera menester; lo que se podría llamar un archivo. Cuando los guardias advirtieron el fuego ya había sido demasiado tarde y había comenzado un pequeño incendio que se extendía de manera vertiginosa en la parte de atrás de la casa. Tras el doble susto que sufrieron: el primero por el fuego que devoraba los pergaminos y los libros y el segundo al ver a una criatura de los infiernos recorriendo el lugar, lograron recomponerse haciendo un llamado a su entrenamiento y disciplina. Comenzaron a hacer un llamado de advertencia, de urgencia, para que todos los que pudieran acudieran en ayuda de ellos; mientras un par de soldados se encargaban del incendio, otro más sacó su espada y trató de golpear a la criatura de cuerpo pequeño, similar tamaño al de un gato, pero de forma humanoide con pequeñas alas membranosas y un cuerpo rojizo rodeado por llamas fulgurantes. Sin pensarlo mucho, para no entrar en pánico, lanzó varios tajos y estocadas rápidas, pero la criatura era demasiado ágil y escapaba burlona de cada ataque; el guardia empezaba a sentir el calor y el sudor empapaba su jubón; se negaba a cesar en su esfuerzo entendiendo que si lo dejaba escapar el desastre podría ser mayor. Lograron transmitir la voz de alerta llegando ayuda y agua de personas que se encontraban cerca y que se apuraron en socorrer, pues un incendio en la ciudad, de no atenderse con prisa podría suponer una tragedia para todos.

El guardia insistía en perseguir a la criatura para darle fin antes que iniciara un incendio en otra casa o que se parara tanto tiempo sobre una viga hasta que sus pies le prendieran fuego. El hombre empezaba a toser por el humo y su respiración comenzaba

a hacerse dificultosa, su visión se hacía a ratos borrosa por el sudor que caía de su frente a sus ojos. Por un momento logró anticipar el movimiento de la criatura y la golpeó con fuerza con la espada mientras esta corría por una de las mesas y aunque la arrojó con poderío contra una pared, el diablillo no parecía haber sido afectado por el golpe, pues, aunque le había dado de lleno no lo hizo sangrar, ni le abrió la piel; de hecho, la criatura solo se vio sorprendida por el golpe, pero nada más. Se puso de pie emitiendo chillidos burlones y haciéndole muecas al guardia mientras daba saltitos de un lado a otro.

El diablillo en un momento se puso serio y su mirada tonta pasó repentinamente a ser un ceño fruncido de total maldad, acompañada de una sonrisa siniestra; el guardia sintió miedo por un instante superándolo por la adrenalina que corría por su cuerpo. Cuando la criatura infernal se preparaba para salir corriendo directo al soldado, vio cómo su piel dejaba de brillar en llamas y sabía que era el momento de retirarse del lugar. Había cumplido con su trabajo y estaba más que feliz. Corrió hacia la parte de atrás de la casa escapando de otro tajo del soldado, huyendo hacia una de las salas donde más se extendía el incendio con el objetivo de cortar el paso al guardia en caso que este quisiera perseguirlo, pero el guardia desistió de la caza dándole prioridad a apagar el incendio; el diablillo corrió por el lugar empujando con su mano estirada varios libros que ya se quemaban para tirarlos al suelo; mirando satisfecho su obra y riendo en agudos chillidos buscó el hueco entre el tejado y la pared por el que había entrado unos minutos antes para salir por allí mismo. Miró a un lado y a otro para asegurarse que nadie lo veía salir, entonces dio un salto y en medio del aire de manera mágica su cuerpo morfó y adoptó la forma de un cuervo de ojos carmesí y voló lejos de allí disfrutando el caos en medio de la noche.

No muy lejos del desastre se encontraba Bragland Foldron, un semielfo de edad media, de rostro fino y atractivo, con cejas, ojos y cabello negro que le llegaba hasta los hombros pulcramente arreglado. Para esta ocasión llevaba puesta su armadura de cuero endurecido color castaño sobre una camisa de lino blanca y un pantalón también de lino, pero de color negro y unas botas. Al principio de la noche se había mantenido muy serio, a la expectativa, incluso se había puesto nervioso al punto de sudarle las manos; en medio del silencio de las calles elevadas en las que se encontraba, cerca del perímetro que cerraba la ciudad hacia el noroeste, había comenzado a caminar hacia un lado y hacia el otro. Desde el lugar podía ver hacia abajo a los embarcaderos, los muelles y aunque no distinguía claramente la casa que había sido el objetivo de su ataque, sabía que desde allí podría ver las luces que supondrían la ejecución de su tarea. No quería fallar a sus benefactores que tan bien pagaban sus servicios... ni mucho menos despertar su ira si fracasaba. El Gremio de la Serpiente Dorada, para el que trabajaba desde hacía ya varios años, había dado, tras varios meses de investigación con este lugar y sabía que sería un golpe duro para sus enemigos el destruirlo y le habían

encomendado justo a él utilizar sus habilidades para hacerse cargo. Le habían pedido discreción, que no se enteraran que había sido un ataque y menos de ellos para evitar represalias en un futuro.

Cuando pudo distinguir el brillo de las llamas desde la lejanía, dejó de caminar y se dio un ligero puño en la palma de la mano al tiempo que dejó escapar una sonrisa de satisfacción; no podía ver el caos del lugar, pero lo podía imaginar los soldados quemados, las mujeres corriendo, el calor mezclado con la brisa que llegaba de la costa. Se felicitaba por su astucia al momento de idear el plan y comenzó a imaginar los cumplidos que recibiría de sus superiores cuando contara del completo éxito que había tenido.

Esperó un rato en el lugar, pero ya sin el sudor en las manos y sin el constante caminar; solo se sentó en un muro bajo a esperar en la noche hasta que en medio de la oscuridad pudo divisar la silueta de su sirviente emplumado que llegaba hasta él graznando alegre; antes de aterrizar, la figura del cuervo sobrevoló a su amo un par de veces y se posó en su hombro.

—Bien hecho pequeño Furia. Es hora de ir a recibir una palmadita en el hombro —El diablillo graznó con tal entusiasmo que obligó a su amo a recogerse divertido para que no lo dejara sordo y partió entonces a paso ligero hacia una de las casas de su gremio para dar el reporte exitoso de su misión.

Llegado a la lujosa casa, paró para asegurarse que sus vestimentas se encontraban perfectas y pulcras, se pasó las manos por el cabello para organizarlo mejor, aunque la verdad no hacía falta; no lo hicieron esperar mucho en la recepción, donde uno de los sirvientes lo atendió y de manera muy cortés le invitó a pasar al segundo piso donde lo esperaba su benefactora; subió lentamente para poder admirar la arquitectura del sitio y las obras de arte que adornaban todo el lugar. El cuarto al que se dirigió era amplio, con un tapete elegante, una mesa de fino roble y una biblioteca de fondo entre otras suntuosidades como un cuadro al óleo que se encontraba justo atrás del escritorio y en el cual se representaba una imagen de un árbol gigante en el cual se enrollaba una serpiente igual de gigante que miraba hacia un valle al fondo de la obra. En la silla detrás de la mesa (silla por lo más lujosa, de espaldar ancho y mullida tela) se encontraba una mujer de edad madura con cabello negro liso muy bien cuidado y corto a la altura del mentón; a Bragland siempre le causaba impresión ver a esta mujer, pues era increíblemente delgada y de rostro angular, pareciendo a sus ojos siempre enferma, de dedos largos y nudosos. Sin embargo, eso no era más que su apariencia física pues al momento de hablar su voz era enérgica y resuelta y su mirada de ojos color miel casi amarillos era penetrante, casi hipnótica. Cuando se encontraba de humor y hablaba, solía hacer movimientos fluidos y rápidos con sus manos, pero delicados haciéndola ver elegante; sus antebrazos solían sonar con el golpeteo de los brazaletes de oro y plata que

usaba y al semielfo se le antojaba que tenía un cuello demasiado largo para una persona normal.

—Mi querido Bragland —dijo la mujer con sus codos sobre la mesa y los dedos entrelazados frente a ella cubriendo algo de su rostro. No apartaba en ningún momento la mirada del visitante y no pestañeaba, haciendo sentir incómodo al semielfo quien se esforzaba por mantener su tan practicada sonrisa.

—Mi señora Maat, un placer volverla a ver —respondió haciendo una reverencia— en especial con las buenas noticias que le traigo.

—Me temo que las noticias le han precedido —comenzó a decir la mujer, pero se vio obligada a hacer una pausa para mirar el cuervo que iba sobre el hombro derecho del semielfo —. Pensé que había quedado claro el asunto del cuervo —continuó con un tono seco. Bragland miró su hombro como un reflejo soltando una leve risa e hizo una nueva reverencia.

—¡Oh! Lo lamento mucho mi señora, estoy ya tan acostumbrado que olvido a veces que me acompaña, le prometo que no volverá a suceder.

—Eso espero —dijo la mujer con una mirada recelosa hacia el emplumado—. En todo caso, le decía que ya nos habían llegado las noticias del accidente ocurrido cerca al puerto. —Bragland hizo otra reverencia—. Es usted un excelente hechicero debo decir; sus habilidades en el arte de lo arcano han evolucionado de una forma impresionante. En poco tiempo ha logrado aventajar a otros de nuestros servidores en sus artes y ciertamente a probado ser efectivo. No es fácil encontrar hechiceros en el mundo.

—Me halaga mi señora, todo es fruto del estudio arduo y la disciplina. —Bragland se quedó con una sonrisa en el rostro esperando la respuesta de Maat, pero lo único que obtuvo fue un largo e incómodo silencio donde la mujer, en su posición inmóvil lo escrutaba profundamente. El semielfo no pudo evitar el bochorno y a punto estuvo de decir algo más para romper el momento, pero la mujer se le adelantó abriendo sus manos y recostándose contra el espaldar de su exuberante silla.

—Muy bien, acá está el pago convenido —dijo sacando una bolsa con monedas de oro—, espero que le dé buen uso. La casa de la Serpiente Dorada le da las gracias por sus buenos deberes. —Maat guardó silencio esperando que Bragland tomara su recompensa con el único objetivo de analizar como lo hacía. Hasta algo tan sencillo la mujer lo detallaba. El semielfo se acercó a la mesa con las manos juntas y apretadas contra el cuerpo, se inclinó un poco hacia adelante y con un movimiento primero lento y luego rápido tomó la bolsa; la sostuvo con la mano izquierda y jugueteó muy brevemente con el cordón que la cerraba como tentado a abrirla y confirmar que el contenido total del pago estuviera allí, sin embargo, podría haber sido de mal gusto así que solo la hizo saltar ligeramente en su mano para sentir su peso y luego la amarró al cinto. Todo esto sin dejar de sonreír, lo cual de alguna manera molestaba a la mujer.

—Ha sido un placer —respondió finalmente—. Cuando sea que me necesiten saben que aportaré mi conocimiento a su buena causa mi señora.

—Claro que lo hará mi querido Bragland, ahora, si no le importa tengo otros asuntos que atender. —El semielfo hizo una última venia y se retiró. La mujer lo quedó mirando al irse, en especial a su cuervo, que parecía voltear a mirarla.

Al salir el semielfo, un hombre entró en la habitación. La mujer miró la puerta por un momento como queriendo ver más allá de lo que su vista le permitía, soltó un ligero suspiro y apoyó su cabeza en su mano derecha para entonces mirar al recién llegado; un hombre elegantemente vestido, de buena talla y no muy alto, de cabello castaño corto y mirada seria.

—¿Y? —preguntó Maat al hombre que la saludó con una corta reverencia después de cerrar la puerta— ¿Qué es lo que sabemos entonces?

—No mucho. Hace más o menos cinco años era simplemente el hijo menor de una familia acomodada de comerciantes de Zurim. Aunque no es normal, tampoco es de extrañar que una persona ordinaria lleve oculto un poder mágico en su interior, hay desgraciados que son tocados por el manto arcano que recorre Arkoriam, para bien o para mal y si lo pienso mejor, por sus venas corre sangre élfica y esa raza tiene... digamos que una buena sinergia con la magia.

>>Pero mi señora Maat, ¿en tan poco tiempo avanzar tanto en la magia? — cuestionó su interlocutor— muchas de estas personas sufren para poder controlar los poderes mágicos llegados de la nada, muchos llegan a morir al no saber controlar la magia, esto de ser hechicero es considerado por la mayoría como una maldición y no como un don: familias quemadas porque el hijo manifestó un poder mágico debido a una pesadilla, mujeres que explotaron tratando de controlar el poder de los rayos. Muchos hechiceros se vuelven marginados entre las sociedades humanas y ni qué decir de los clanes enanos. Su sangre élfica pudo ayudarlo a no matarse en el intento, pero, ¿administrar tan bien sus habilidades mágicas casi de la nada? Mi señora, es que simplemente no es posible.

—“Estudio y disciplina” —dijo la mujer más para sí misma que para el hombre que se encontraba allí parado—. Boris, ¿conoce usted la diferencia entre un mago y un hechicero?

—Sí mi señora: los primeros adquieren el conocimiento de la magia a través del estudio, la disciplina y los otros nacen con el poder de la magia fluyendo por sus cuerpos, ¿a qué se debe la pregunta? —La mujer puso un dedo sobre sus labios tocándose la nariz.

—Nos ha servido bien sin duda alguna y no dudo que esté agradecido de la oportunidad que le hemos brindado en nuestra casa, pero ese oculta algo, y no me gusta para nada.

—¿Nos deshacemos de él mi señora? Mire que bien estuvo lo que hizo esta noche, pero pudo salirse de control y habernos perjudicado a todos. Una ciudad en llamas es una ciudad inservible.

—No controlará muy bien sus poderes, supongo —respondió la mujer con poca convicción—. No, no quiero deshacerme de él, quiero saber qué oculta. Por ahora lo dejaremos ser.

—Como ordene mi señora Maat.

CONTINUARÁ...